



EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Labores, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La Joven, por don A. Pirala.—A un rayo de sol [poesía], por doña Emilia Serrano de Wilson.—Quien escucha, su mal oye [conclusion], por doña Angela Grassi.—Variedades: Vista general de Montserrat, por don Antonio Flores.—Poesía, por doña Angela Grassi.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: Figurin de Modas.—Modelo de un bolsillo á crochet.

LA JÓVEN.



OCAS palabras inspiran mas interés y simpatía que este nombre; pocas van rodeadas de mas prestigio; pocas indican al mismo tiempo la debilidad, la inocencia, la pureza, el candor, y todas las santas virtudes de la mujer y de la familia.

Pero esa misma debilidad que representa la joven tiene su fuerza mágica, porque no es la fuerza material, sino esa otra irresistible á que obedece el corazon mas duro, porque manda sin imperio, y subyuga sin humillacion.

Su inocencia es angelical, porque el hábito del mal no la ha emponzoñado, porque no le ha aspirado tampoco, ni le conoce, pues no se retrataria en el rostro la inocencia si no existiese en el corazon.

Su pureza es la de una flor delicada cuando apenas despliega al viento sus matizadas hojas, que se ostentan con ese inmaculado mate que realza su purísima belleza.

Y realzadas estas cualidades con la sencilla nobleza de los sentimientos, con el candoroso acento de la voz, y con ese brillo que da la virtud, cuya práctica enaltece, qué mucho que, sin considerarlo como exageracion poética, se mire á la joven como un sér angelical?

Debiendo considerarse á la joven como una madre en flor, como la que llegará á ser la casta y amante esposa, la mujer fuerte, ¿quién vé en ella la débil criatura? Débil será, pero sostendrá por su valor,

por su fuerza moral, por su resignacion y por su afecto todas las fatigas y todos los sufrimientos del hogar.

Todo es porvenir y esperanza en la joven, todo es por consiguiente risueño y venturoso en ella.

Sin arrugar su frente los cuidados; sin nublar su semblante los malos pensamientos, porque la virtud no los permite; sin estar lastimado su corazon por decepciones amargas ni tristes desengaños, es siempre su lisonjero aspecto el reflejo exacto de su alma tranquila y pura.

Protegida por Dios, como lo es la inocencia, formada á su amor, esclarecida por su doctrina, santificada por su misericordia, educada en el tierno regazo de una madre, rodeada de atenciones, de felicidad y de ventura, un mundo nuevo se abre á sus ojos, un nuevo camino andan sus pasos. Verá cosas nuevas: sonarán en sus oídos estrañas palabras, perniciosas ideas pretenderán destruir sus creencias, se le prepararán sufrimientos, tendrá que combatir, pero armada con su virtud, esta será su égida. Angel descendido del cielo para sembrar de flores el camino de quien siga sus pasos, podria ser tambien un aborto de los infiernos, que enveneraria cuanto la rodease, segun la conducta buena ó mala que se imponga.

Cuando hay nobleza en el corazon no hay malos pensamientos ni aun para los que nos ofenden: es mas grande la persona que perdona las injurias que la que las vengas; y así como se rebaja la que escucha las calumnias, las murmuraciones y los chismes—permítasenos esta espresion en obsequio de lo generalizada—que no son mas que el efecto de la envidia y de la maledicencia, tal se eleva la que además de hacerse superior á estos tan comunes defectos sociales, los desprecia, y paga con beneficios y amor á

los que la envidia, ó la maldad hace instrumentos de malas cualidades.

Así debe ser la jóven, esa criatura de Dios destinada al bien; así esparcirá en su rededor la alegría y la felicidad; así será amada de cuantos la conozcan.

Lejos de ella el juzgar por vanas apariencias: si el nombre de jóven es dulce, é imprime en el corazon la alegría y el respeto, impone tambien grandes deberes para el porvenir, que no se podrán cumplir si no se aprenden profundamente para hallarlos menos pesados y soportarlos con mas calma.

Junto á esas flores y encantos que rodean á la jóven, la esperan grandes obligaciones al entrar en el mundo: grandes sacrificios, no pocas penas y bastantes dolores, reemplazarán las ilusiones velozmente pasadas de esa juventud riente y llena de esperanzas.

Pero aun estas santas obligaciones y deberes tienen gratas y dulces compensaciones, no separándose de la ley moral y divina; y son tales y tan queridas, que no pueden comprenderse hasta que se experimentan.

Sea la jóven alegre; sea buena; sea lo que exige su edad; guste los placeres del mundo abrigada bajo el ala protectora de la madre ó de quien la atienda; no se deje llevar jamás por los malos ejemplos del orgullo ni las ridículas seducciones de la coquetería y de la vanidad. Huya las vanas amistades. Sea constantemente la madre su primera y mejor amiga, y recogerá el fruto de esta conducta dictada por la naturaleza, y jamás tendrá que arrepentirse de su proceder.

Tal es nuestro consejo; decimos mal, es el consejo del deber, el de la moral y el de la religion; es la indicacion de la virtud, que es el emblema de la jóven.

A. PIBALA.

LITERATURA.

Á UN RAYO DE SOL.

Dulce rayo que amoroso
En la cándida mañana
Al cristal de mi ventana
Le prodigas tu fulgor:
¿Díme, pues, qué oculta mano,
Hijo del astro del día,
A mi morada te envía
A consolar mi dolor?

Yo en mi albergue recogida,
Como en desierto la palma,
Gozo de aparente calma
En mi triste soledad....

Mas como la mar tranquila
Que presagia la tormenta,
En mi seno se fermenta
La mundana tempestad.

Y á tu vista peregrina,
Aureo destello querido,
Siento el aire del olvido
Refrescar mi ardiente sien:
Que en mi corazon llagado
Resucitando las flores,
De la edad de los amores
Me trasportan al Eden.

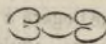
Dulce como la esperanza,
Cuando de mi mal me quejo,
Aparece tu reflejo
A radiar mi triste faz;
Y de mis lánguidos ojos
Con tu amada luz divina
Se filtra por la retina
A mi corazon la paz.

A tu suave lumbre veo
Otro mundo en lontananza;
Renace de la esperanza
En mi corazon la flor;
Y mi alma revestida
De sus eternas galas
Vuela en sus cándidas alas
A adorar á su Hacedor.

Mas al espirar la tarde
Tu esplendente luz oscila,
Envolviendo mi pupila
En medrosa oscuridad....
Dejando á mi triste alma
Como hermosa sin aliño,
Como al inocente niño
Sumerjido en la orfandad.

Y como tórtola tierna
Que á su ausente esposo llora,
Aguardo la feliz hora
De tu dulce aparecer;
Y en mi lecho solitaria
Con tu grata imágen sueño,
Como con su amante dueño
La enamorada mujer.

EMILIA SERRANO DE WILSON.



QUIEN ESCUCHA, SU MAL OYE.

[CONCLUSION.]

Por fin amaneció.

Su hermano y Pablo se retiraron, su madre, fatigada por el dolor y la inquietud, se quedó adormecida.

Entonces Victorina se levantó de puntillas, corrió á apoderarse de un espejito y volvió á refugiarse en el lecho. Luego, cuando se hubo cerciorado de que su madre dormía aun, sacó recatadamente el espejito de debajo de las sábanas y fijó en él sus asustados ojos.

Fuese verdadero el aserto de la dama, fuese que la calentura abrasase la sangre de sus venas, lo cierto es que vió las dos fatales rosetas estampadas en sus mejillas.

—¡Mejor! murmuró dolorosamente, tanto mejor; ¡pero quisiera que fuese pronto! ¡Oh, sí! ¡muy pronto!

¡Pobre madre mía, mi buena madre, yo que te respetaba tanto! yo que te creía el perfecto dechado de todas las virtudes! ¡Infeliz! tal vez has sucumbido á las amenazas, á la fuerza... ¡Oh, nunca sabrás, nunca, que he descubierto tu secreto! ¿Y mi padre? ¡Ay mi padre! tal vez mañana, quizás hoy sea descubierto... ajusticiado... Pero todos me sacrifican á su egoísmo... ¡y yo que creía que me amaban tanto!... ¡Mi hermano!... ¡Hemos jugado tantas veces juntos!... ¿Quién lo hubiera dicho entonces? Mi hermano que andaba una legua para traerme las florecillas azules, que son mis predilectas, que desafiaba el frío y la nieve para llevar á pacer mi blanco corderillo... Pero ¿y él? ¡Oh, no quiero pensar en él...! En él que no me ama... en él que es un ladrón... un asesino!...

Por fortuna la muerte está aquí... ¡está muy cerca!... ¿Y si no llegase antes de mi casamiento?... ¡Oh Dios mío... qué cúmulo de horrores!...

¿Pero por qué me he de casar?... Puedo guardar el secreto, lo guardaré con todos, hasta con el buen cura Anastasio... Pero ser la esposa de un bandido, jamás... ¡nunca, jamás!

—Hija, hija, ¿qué dices? exclamó su madre despertando sobresaltada y cogiéndola de las manos. Dios mío, ¿qué tienes? prosiguió con angustia al ver su aire estraviado; mira, estamos solas, nunca has tenido secretos para mí... háblame sin rebozo, cuéntame qué es lo que te sucedió ayer noche.

—¡Nada, dijo Victorina con sequedad, nada!

—Hija, tú me ocultas algún misterio doloroso... ¡tus manos tiemblan dentro de las mías!... hasta me parece que me miras con horror... ¡Será lo que ha sucedido tantas veces... una cabilosidad tuya... ¿Te han dicho algo...? Has creído oír algo?

—¡Nada! repitió la joven con tono aun mas sombrío.

Hubo un momento de silencio.

—¿Quieres qué entre Pablo? preguntó al fin su madre tímidamente. El pobre ha estado velando toda la noche, ¿quieres qué entre?

—No, no, gritó Victorina estremeciéndose.

—Vamos, confíesate conmigo, ¿es qué por cualquier motivo tienes celos?

—¡No tengo celos, porque no le amo!

—¿Pero le amabas ayer?

—¡Ayer cedía á vuestros mandatos!

—¡Le amabas, le amabas!... ¡oh, crees engañar al corazón de una madre!

—Si le amaba ayer, no le amo hoy, y no quiero casarme con él... Vos sabéis que he sido siempre una hija muy dócil y muy obediente: cuando digo que no quiero, es porque me asisten muy graves razones para ello.

—Entonces es que has oído alguna cosa que te ofende.

—¡Nada, nada!

—Pues bien, dejemos eso... Si no te casas con él, te casarás con otro... Eres muy niña todavía, tienes mucho porvenir...

Una amarga sonrisa entreabrió los labios de Victorina.

—Y aunque no te casaras, añadió su madre, nunca te faltará un puñado de oro para tus caprichos.

Fué tan violenta la emoción que experimentó la jovencilla al oír estas palabras, que su madre, asustada, se abalanzó fuera de la estancia para ordenar á los criados que corrieran en busca del doctor.

Pero ni los calmantes de éste, ni los consuelos del cura, pudieron nada para mejorar su estado, y Victorina fué presa de un violento delirio, que puso en peligro su existencia. Las palabras que pronunciaba eran tan extrañas, que todos temieron por su razón.

—Este ha sido un ataque cerebral, dijo magistralmente el discípulo de Esculapio: que venga el sangrador.

Y el sangrador vino en efecto, y como no cesase la fuerza del delirio, la dió hasta cinco sangrías.

Cuando Victorina se levantó al cabo de un mes, no parecía ni la sombra de sí misma. Estaba cadavérica y estenuada, pero lo que mas alarmaba á su familia, era su incesante y profunda tristeza, era el afán con que se miraba en un espejito que llevaba siempre en el pecho, y que regaba siempre con sus lágrimas. Así que la dejaban sola, estaban seguros de sorprenderla contemplándose en el fatal espejo; estaban seguros de sorprenderla sollozando.

Por supuesto, era tal el horror con que miraba á Pablo, que éste tuvo que cesar en sus visitas.

Al principio, Pablo que la amaba sinceramente, sufrió mucho; luego el despecho sucedió á la tristeza, y por fin, como todas las jovencillas del pueblo se disputaban su corazón, se dejó cautivar por los en-

cantos de Elvira, la mejor amiga de Victorina, y su matrimonio con ella quedó decidido.

Un día que Victorina salió á dar un paseo por el campo, apoyada en el brazo de su vieja nodriza, aunque ésta quiso evitarlo, vió á lo lejos á los dos nuevos amantes paseando juntos por la orilla del río.

Pero la vieja se sorprendió sobre manera al oír la murmurar con voz lúgubre:

¡Pobre Elvira, cuán orgullosa estás y cuánto te compadezco!

Sin embargo, aquella noche lloró mucho, y al día siguiente no pudo dejar el lecho.

Pero aunque su triste madre se arrodilló delante de ella, aunque su padre, aunque su hermano, aunque el venerable cura, la conjuraron con lágrimas que les revelase la causa de su dolor, nadie pudo arrancarla su secreto.

Y entre tanto sus fuerzas disminuían visiblemente, y entre tanto se acercaba con pasos rápidos á la tumba.

Pasó el tiempo, trayendo la época marcada para el casamiento de Pablo con Elvira, y aunque la familia de Victorina puso todo su conato en ocultárselo á la triste enferma, ésta, que estaba siempre en acecho, logró al fin adivinarlo.

Y á medida que se acercaba el instante fatal, iba palideciendo mas y mas, y una tos seca y convulsiva desgarraba sus entrañas.

Hacia ya muchos días que no abandonaba el lecho, cuando llegó el aciago día del casamiento.

Este debía efectuarse á las ocho de la noche, y á medida que se acercaba la hora, Victorina iba empeorando tanto, que el médico, alarmado, mandó que la administrasen los Santos Sacramentos.

Eran las siete ya.

Su madre y el cura estaban á la cabecera de su lecho prodigándola consuelos, porque ambos, con la sublime intuición del amor, comprendían que su dolencia residía en el alma.

Su padre y hermano lloraban silenciosamente en el fondo del aposento.

De pronto las campanas dejaron oír un lúgubre tañido.

—Qué extraño! murmuró Victorina, no tocan á boda, tocan á muerto! Si será por mí?

—Boba! dijo la vieja nodriza que entraba en aquel momento, si es por la pobre Rosa!

—Rosa! la vecina?

—Pues! La hija del tío Ramon. Y bien ha hecho Dios en llevársela, porque su padre está preso, y quién sabe lo que le espera!

—Está preso? por qué? exclamó Victorina incorporándose en la cama, como galvanizada por una fuerza desconocida.

—Toma! respondió la vieja, satisfecha al ver su repentina animación, porque quien mal anda mal aca-

ba... Ya hacia tiempo que se susurraba en el pueblo, porque Ramon no tenía mas que una tierrecita y una mala viña que le trajo en dote su mujer, y ahora posee muchas tierras, yuntas y rebaños... No es como vuestro padre, que si ha adquirido una fortuna, todos han visto que la ha adquirido con su honradez y su trabajo... Y luego aquí se nota el orden y la economía... pero allí... ya... ya!... Teresa estrenaba todos los domingos una basquiña nueva, y Ramon y Nicolás pasaban todo el día jugando en la taberna... ¿A quién no habia de extrañar eso? ¿A quién no habian de alarmar los muchos robos que se efectuaban aquí de algun tiempo á esta parte? Así es que todo el mundo los miraba sobre ojo...

Por esto no pudieron menos de extrañar que una persona decente quisiese entrar en una familia de tahures... y cuando se le presentó á Rosa el novio, ahora hace un año, y vieron que se queria casar con ella, á pesar de que el médico habia dicho que estaba tísica en tercer grado, todos auguraron mal de semejante boda... Y fortuna que la pobrecilla se ha muerto!... Buena estaria ahora casada con un ladron, que arrastrará toda su vida un par de grillos...

La vieja habladora hubiera seguido aun mas en sus comentarios, si no la hubiese interrumpido un grito de Victorina.

—Madre, madre, exclamó la infeliz, corred, corred, que no se verifique la ceremonia, que no se verifique!... Yo amo á Pablo!... le amo, y no puedo vivir sin él!... Y ahora tengo que vivir... porque no estoy enferma, no... Todo fué un sueño... Oh! qué espantoso sueño!

Y viendo que su madre permanecía inmóvil y helada, prosiguió fuera de sí:

—Oh! no creais que deliro, oh! no creais que estoy loca!... Madre, madre, por Dios corred, corred... Decidle que le amo... Decidle que vuelva... Decidle que me perdone!...

Dieron las ocho.

Victorina dejó escapar un grito ronco, y cayó de espaldas sobre el lecho.

Su letargo duró mas de dos horas.

Cuando volvió en sí prorumpió en sollozos.

—Ah! murmuró con acento desgarrador, todo está ya concluido, todo!... Yo era tan feliz... ¿Qué me faltaba á mí? Amor, riquezas, vida!... Todo lo he perdido por mi culpa, pero Dios mio, cuán grande ha sido el castigo!...

—Hija, exclamó su madre bañada en llanto, revélanos tu secreto... Sea cualquiera tu culpa, tus padres te perdonan, tus padres llorarán contigo...

—Un día, balbuceó la infeliz, ví á dos señoras que estaban hablando sentadas debajo de la encina. Quise oír lo que decían... Ay! contaban la historia de Rosa, y creí que era mi historia!... Oh! padre mio, padre mio!... Creí que era vuestra blanca cabeza la

que debía cortar algun día el hacha del verdugo!... Creí que vos, mi santa madre... que tú, mi dulce hermano... que Pablo, mi adorado Pablo, érais todos criminales, érais todos foragidos!...

Dios mío! cómo he podido creer eso? Estaba loca... estaba loca... y cómo no? Si creí que yo misma, tan ágil, tan fuerte, tan robusta, estaba atacada de un mal que no perdona!...

Ah! puedan las lágrimas que vierto redimirme á vuestros ojos!.. Puedan las espantosas luchas que he sufrido, atraerme vuestra misericordia y la misericordia de Dios!... Porque ahora, lo siento, la vida se me escapa... morir... yo que soy tan jóven... yo que podía ser tan dichosa!...

A la mañana siguiente, cuando sacaron de la iglesia el ataúd que encerraba los mortales despojos de Rosa, colocaron en su lugar otro, también blanco y coronado de flores.

En torno de aquel nuevo ataúd lloraban arrodillados los parientes de Victorina, lloraban Pablo y su nueva esposa.

Desde entonces en San Celoni las madres cuentan á sus hijos pequeñuelos la historia de la jóven, víctima de su desconfiada suspicacia, y concluyen diciéndolo tristemente:

—Sed buenos y confiad en la buena fé de los demás, porque quien escucha su mal oye!

ANGELA GRASSI.

VARIEDADES.

Entre las obras recientemente publicadas merece un distinguido lugar la *Crónica del viaje de Sus Majestades y A.A. á las Islas Baleares, Cataluña y Aragon en 1860*, escrita de orden de S. M. la Reina por D. Antonio Flores. Este libro, impreso en casa de Rivadeneira con el mayor lujo y esmero, en excelente papel, y decorado con bellísimas láminas, es digno de la augusta persona á quien se dedica. Nada queremos decir de su mérito literario, porque nuestras lectoras conocen el fácil y elegante estilo del señor Flores, que ha honrado mas de una vez nuestras columnas con sus artículos: para que juzguen, sin embargo, con conocimiento de causa, insertamos, competentemente autorizados, el siguiente, no como el mejor de sus capítulos, sino por estar mas que otros en las condiciones de nuestra publicacion.

VISTA GENERAL DE MONTSERRAT.

Entre la civilizacion y la poesía se ha trabado una guerra á muerte; y como la segunda de estas dos ilus-

tres rivales es hija del espíritu, y este es el siglo de la materia, la lucha va tomando todo el carácter de un asesinato. Hoy por hoy, todas las simpatías están de parte del sacrificador, y la pobre víctima apenas arranca una mirada de compasion de las gentes que asisten gozosas al holocausto. Sus mismos sacerdotes se mofan de sus quejidos y escarnecen su llanto, y no falta quien temple su lira en los talleres de la industria para cantar la poesía del vapor y de la electricidad. Mientras tanto el humo del carbon de piedra sofoca los aromas del campo, el tunel destroza la tradicion de la montaña, y la locomotora, que arrastra los enjaulados rebaños, acaba con el idilio de la cabaña y con los placeres trashumantes de los pastores. Afortunadamente, por larga y desigual que parezca la lucha de la materia con el espíritu, y por terrible que sea para la poesía el sacrificio á que hoy la condena la civilizacion, su triunfo es seguro. Los industriales vendrán con el tiempo á ser poetas. Cuanto mas perfecto sea el bienestar material de los pueblos, mas sentirán la necesidad de la poesía. Y la poesía no se lleva á bordo de un buque para gozarla al saltar en tierra, ni dentro de una locomotora para establecerla en las estaciones del tránsito. La poesía es un objeto mas delicado que las mercancías que ordinariamente trasportan los ferro-carriles. Es como el aroma de las flores, que no las acompaña cuando se desarrollan en las estufas, y como el perfume de la fruta, que siempre se queda al pié del árbol.

El vapor ha hecho cosmopolitas todas las producciones del globo; pero las trae y las lleva de una parte á otra, sin que legitimamente pueda dárseles carta de naturaleza fuera de sus respectivos lugares.

La poesía no es absoluta. El árbol no puede tener el mismo encanto para el que le vé rápidamente desde la ventanilla de un carruaje, que para el que le ha plantado y le ha visto crecer, y no ha dormido pensando que la falta de agua iba á secar sus raíces ó que el huracan troncharia sus ramas. Y la choza que está en la cima del monte no puede ofrecer el mismo descanso al que ha trepado al galope en un caballo, que al que ha subido á pié, temiendo á cada paso que le faltasen las fuerzas para llegar al término del viaje.

Y hé aquí lo que nosotros temíamos que habia de sucedernos al ir á Montserrat.

En vez de empuñar el bordon del peregrino y salir de Barcelona por el camino de Martorell y Collbató, pasando la noche en ambos puntos, y mas de un susto en los precipicios y derrumbaderos de la montaña, nos metimos en un tren, que nos condujo en poco mas de dos horas á Monistrol, y desde allí en un carruaje por una espaciosa y cómoda carretera á la puerta del santuario.

La Diputacion provincial dispuso las cosas de manera, que tomó seiscientos peregrinos en la estacion

del ferro-carril y los trasplantó de repente al monasterio de Montserrat, dándoles allí á cada uno una cama y un cubierto. Este es un verdadero prodigio de la industria, y hace honor al siglo del ferro-carril, del ómnibus y de las mesas redondas; pero que diga el lector qué género de poesía puede haber en esta manera de peregrinar. Esto es lo que el vulgo llama llegar y besar el Santo, y precisamente la historia de las famosas peregrinaciones de Montserrat es otra cosa distinta.

Afortunadamente ni el ferro-carril, que llega al pié de la montaña y casi penetra en ella, ni la carretera que se desenvuelve holgadamente entre aquellos riscos hasta la misma puerta del templo de la Virgen, han podido robar la poesía á la montaña. Después que el hombre ha hecho su torre de Babel, se ha convenido de que cada vez está mas lejos del cielo.

Nosotros, que lejos de renegar de los adelantos de la industria, quisiéramos que esta reina natural y legítima del siglo extendiera cada vez mas sus dominios, enseñoreándose de nuestro suelo, nos alegramos de verla confesar su impotencia al pié del sagrado monte, que no tiene rival en el mundo. Cuando dejamos de oír el agudo silbido de la locomotora, y después de una hora de rápida ascensión por el monte, nos hallamos en el famoso monasterio de Benedictinos, y alzando la vista por un movimiento instintivo, vimos que aun quedaba una parte de montaña superior á la que acabamos de subir, sentimos una emoción dulcísima que en vano trataríamos de ocultar ahora.

Ni las numerosas y elegantes tiendas de campaña que se alzaban en derredor del convento, ni los arcos de triunfo, ni las músicas, ni los gritos de millares de personas que saludaban á los Reyes, ni ninguno de los grandes preparativos que la Diputación Provincial habia hecho, y de que nos ocupáramos mas tarde, era suficiente para amenguar la grandeza del monte ni para turbar el imponente silencio de aquellas altísimas rocas. La fiesta preparada era la mas grande y mas extraordinaria que puede imaginarse, y, sin embargo, resultaba mezquina al lado de aquella inmensidad que nos ofrecia la naturaleza. Todo el cuadro cabia dentro del mas pequeño de aquellos enormes riscos en que aparece dividida la montaña. Bastaba apartarse cien varas del monasterio, para que desapareciesen de la vista quince ó veinte mil personas, y dejara de oírse el ruido y la algarazara con que todos solemnizaban la gran fiesta.

Así nosotros pudimos prescindir de esta animación algunos momentos, para contemplar la montaña en toda su verdadera grandeza.

Y ahora rogamos al lector que nos permita hablarle de ella, recordarle su historia, indicarle sus tradiciones, y darle una ligera idea de la gran devoción que en todos tiempos y á todos los pueblos ha

inspirado la imagen de María que se venera en aquel santuario. Esta será una de las pocas digresiones, acaso la única, que nos habremos permitido en este libro.

Los Reyes permanecieron en Montserrat poco mas de veinte y cuatro horas: desde las dos de la tarde del día 30 de Setiembre hasta las cuatro del siguiente; y en las primeras horas de este día, mientras las personas de la régia comitiva y las gentes de los pueblos se entregaban al descanso, nosotros recorrimos la montaña.

Habíamos pasado la noche en una de las celdas del monasterio agradablemente entretenidos leyendo los preciosos libros que Victor Balaguer, el infatigable trovador de Montserrat, ha publicado para narrar la historia y las tradiciones del Santuario y de las cuevas, y anhelábamos el momento de recorrer aquellos lugares tan elegantemente descritos por el poeta historiador.

Juan Garín, Riquilda, Alejo el Montañés, Beremundo el Rojo, Ignacio de Loyola, el Mansueto, y multitud de nombres de Reyes, de Príncipes, y de grandes capitanes llenaban nuestra imaginación de gratos recuerdos, y el sueño se alejaba cada vez mas de nuestros sentidos.

Anhelábamos el momento de visitar la cueva de Satanás el anacoreta, el palacio de los Treinta, la gruta de Marta, y las ermitas en que tantos varones piadosos habian pasado la vida cantando las excelencias de la divinidad, y compartiendo sus frugales alimentos con las aves que acompañaban con sus trinos las religiosas plegarias.

Nosotros, que respetamos todas las tradiciones populares, porque en todas ellas hay siempre un fondo de verdad digno de crédito, habríamos tenido esa noche por verosímiles las mas absurdas y estravagantes leyendas. De tal modo nos habian impresionado aquellos caprichosos riscos, que tienen puntos de vista para toda clase de imaginaciones, que ofrecen dibujos y formas para todo género de fantasías, y que están diciendo á gritos que si hay algun punto del globo donde hayan sucedido cosas extraordinarias y sobrenaturales, allí y solo allí puede haber sido.

Si allí ha vivido Satanás en traje de penitente, y disfrazados de guerreros han corrido por la montaña los demonios, allí se los vé aun petrificados y convertidos en colosales montañas; si las bacantes romanas bailaron en Montserrat alrededor del templo de Vénus, que los historiadores suponen que hubo allí, no es difícil ver aun sus ondulantes túnicas estampadas en aquellos peñascales. Y el templo ojival y los castillos de la edad media, y legiones de fantasmas y vestigios, y ciudades derruidas, y sepulcros y panteones, y cuanto quiera representarse la imaginación, otro tanto existe en aquella mole de piedra, que so-

bre una base de cuatro leguas tiene legua y media de subida.

Una de las tradiciones profanas dice, que aquel monte partido en tan caprichosos pedazos, debe su extraña forma á la erupcion de un volcan: volcan, por cierto, que debió haber abrasado el mundo; y otra mas refrigerante asegura que las aguas del diluvio fueron las que fabricaron aquellos picos y aquellos enormes cantos rodados.

La tradicion religiosa da otro origen á la caprichosa estructura del Montserrat. El día en que el Hijo de Dios moria en una cruz para redimir con su sangre al género humano, Montserrat se estremeció y tembló como toda la tierra, rasgó sus elevadas cumbres, y en testimonio de su dolor dejó despedazadas sus entrañas, abriendo en su seno profundos abismos é insondables cuevas.

A nosotros, escritores cristianos, no hay que preguntarnos cuál de las tres tradiciones admitimos para explicar la extraña configuracion de ese monte; pero aun sin el auxilio de la fé, es tanta la poesía que encierra la tradicion religiosa, que nadie dudaría de aceptarla.

Todos los historiadores de Montserrat la dan asentimiento, y el padre Eura, obispo que fué de Orense en el siglo pasado, escribió una oda en catalan, en la que se lee la siguiente estrofa:

Montanya prodigiosa

Que en elevadas puntas dividida,

Sentires llastimosa

Morir lo Autor de la mateixa vida,

Y entre altres principals docils montanyas

De sentiment romperes las entranyas.

En cuanto á la etimología del nombre, ha habido, como siempre, muchas y diversas opiniones; pero las armas del monasterio, que no son otra cosa que una sierra cortando un monte, indican claramente que se llamó Monte-serrado, porque sus picos son como dientes de sierra, y todas sus peñas parece que han sido separadas entre sí por un medio mecánico.

(Se concluirá.)

ANTONIO FLORES.

Á LA JÓVEN POETISA

DOÑA ALEJANDRA ARGUELLES DE TORAL,

en el segundo aniversario de su muerte.

66

Ya dos veces la gaya primavera
Vistió de flores la campiña umbrosa,
Dos veces ya á su dulce compañera
Llamó trinando el avecilla hermosa.

Dos años há que el lirio immaculado,
Que retrató el humilde Manzanares
Por las aguas del Turia fué arrastrado,
Yendo á perderse en los ignotos mares...

Pobre lirio, que apenas desplegaba
Sus pétalos cargados de ambrosía,
Cuando ya el huracan lo destrozaba....
¡Ay mal lograda flor que duró un día!

Ya por dos veces le buscó ferviente,
Primavera, entre el musgo que lozano
Va alfombrando del Turia la corriente....
Y le busca y no está!... le busca en vano!...

Y por esto mil perlas vierte aurora,
Y por esto los céfiros suspiran,
Y cual la fuente que se pára y llora,
Lloran las aves que en los aires giran....

Y por esto al cerrar la noche oscura,
Do el rio entre los álamos se esconde,
Suenan ayes de lúgubre tristura,
A los que el Viejo de cristal responde:

«¡Oh no manché, risueña primavera,
Tu blanco lirio con mi inmundo cieno,
Del eterno pensil, La Jardinera
Cojióle en flor para adornar su seno!

Plúgole su castísimo perfume,
Y ella que es del placer dispensadora,
Con el néctar suave que rezume,
Endulza el cáliz del que triste llora!

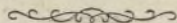
Diosa gentil!... tu manto de esmeralda
Preste ornato cual siempre al yermo suelo:
¿Qué importa que no adorne tu guinalda,
Si la bendita flor crece en el cielo?»

Y en el cielo!... repite el ave pura
Que en el tronco del árbol se reposa,
En el cielo!... la brisa que murmura,
En el cielo!... la leve mariposa.

Y hasta que el alba dora el horizonte,
Llenando de la noche el largo hueco,
En el cielo!... fugaz de monte en monte
Va repitiendo plañidero el eco!...

ANGELA GRASSI.

Abril 5 de 1862.



LABORES.

El bolsillo que representa nuestro modelo, y que así puede servir para un *porta-monedas*, como para *limosnera* ó *cabás* pequeño, puede hacerse con algodón ó torzal, según el objeto á que se destine. Supongamos que cualquiera de nuestras lectoras, y esta será de las mas piadosas, tiene su limosnera de piel un tanto deslucida por el repetido uso: ésta, si además de caritativa es laboriosa, dulce union de virtudes que enaltece á la mujer, no tendrá mas que desmontar su *limosnera* de la boquilla, comprar torzal del color que le agrade, y hacer el dibujo que muestra el modelo de las dimensiones mismas que tenga la limosnera, para lo cual como se principia por las vueltas lisas del pié, se les dará el tamaño necesario, haciendo luego el dibujo en el centro, y dejando tanto fondo como necesite de dimension.

El punto cuadrado, que es el que exige esta labor, apenas habrá señora por poco entendida que sea en labores que no lo sepa; pero por si hay alguna en este caso, repetiremos lo que ya hemos dicho en otras ocasiones, que no consiste este calado mas que en *tres puntos lisos* ó *de cadeneta*, y una *barra* colocada siempre sobre la de la vuelta anterior, lo que da el calado de cuadritos: el dibujo resulta de hacer un cuadro *relleno* en lugar de *calado*, para lo cual se hacen tres barras juntas en lugar de los tres puntos lisos que se hacen para el cuadro calado.

El dibujo que hoy repartimos puede hacerse tambien de dos colores, uno para fondo y otro para el dibujo, para lo cual hay que trabajar con los dos torzales á la vez, pasando entre los puntos el color que no se use: negro con carmesí sería de muy buen gusto, como tambien azul con maiz.

Para *porta-monedas* lo recomendamos así en dos colores, como tambien que se forre el calado antes de armar el bolsillo con un color que corte. Tambien advertiremos á nuestras lectoras, que para esta labor debe comprarse lo primero la boquilla, para ajustar á ella la labor y evitar despues que no se encuentre boquilla del tamaño que esta se haya hecho.

Complétase esta linda y utilísima labor, con tres borlas del mismo torzal á cada lado, que pueden muy bien ser hechas por la misma mano que haya hecho el calado, ejecutando las estrellas, que parecen de pasamanería, á punto de crochet. La señora laboriosa debe siempre cuidar de que en sus labores tomen la menor parte posible manos estrañas.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del FIGURIN, núm. 666.

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de paño de seda negro, adornado de *glasé*, negro tambien, y de cinta estrecha anaranjada.

Falda adornada al canto por una ancha tira de *glasé*, recortada en almenas por el borde superior y guarnecida de una cinta color de naranja.

Polonesa de la misma tela, y con adorno igual al de la falda todo alrededor, y tambien la manga, aunque mas en pequeño. Esta *Polonesa* ciñe el talle y recibe el vuelo por detrás en biés, completándola un cuello á la marinera y botones con presillas de pasamanería en el pecho.

Cuello y mangas de muselina.

Sombrero-capota de *glasé* negro con cintas anaranjadas. El ala va cubierta por tres rizados de *glasé*, y el fondo le forman dos bullonados de *glasé* naranja, separados del ala por dos órdenes de lazadas, una negra y otra naranja. El bavolet, cintas de atar y flores que adornan el rostrillo, son tambien de este último color.

FIG. 2.^a TRAJE DE VISITA.—*Vestido* de *glasé* color pizarra, adornado con cintas de terciopelo color de pensamiento.

Falda adornada en el bajo por tres volantitos picados en ondas agudas y rizados á tablas, de modo que cada uno ocupe una de las ondas: estos se colocan á tres centímetros del borde de la falda, haciéndoles subir en punta en el costado izquierdo, y poniendo á la cabeza de cada uno una cinta estirada. En el mismo lado izquierdo va además un paño de aumento cortado en nesga para aumentar el plegado en esta parte.

Cuerpo alto, liso, de talle redondo y cerrado en el pecho con botones y ojales: una *berta* ó *fichú*, formado por tres volantitos con sus correspondientes cintas moradas, parte del centro del pecho hácia el hombro izquierdo, da vuelta por la espalda y cruza de nuevo hasta el lado izquierdo del talle, figurando un *fichú María Antonieta* con sola una punta.

Cinturon de terciopelo morado con hebilla.

Cinco cintas como las de todo el adorno bajan en el costado izquierdo de la falda, desde donde concluye el *fichú* hasta el primer volante, abriéndose en abanico.

Manga entreancha, lo mismo de arriba que de abajo, adornada por una guarnicion al canto, y tres mas arriba, que forman pico sobre el ante brazo.

Cuello y mangas de nanzouk.

Sombrero de crespon y tafetan color de pensamiento; el ala la cubre un plegado de tafetan, y de él es tambien el bavolet que va guarnecido de una blonda blanca. El fondo es de crespon blanco bullonado, y completan el sombrero un gran lazo de cinta morada sobre el ala, y cintas y flores en el rostrillo, de igual color.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR Y PROPIETARIO—P. J. de la Peña.

MADRID: 1862.—Imp. de M. Campo-Redondo.—Huertas, 42.